

PRÓLOGO

El Montsacro es producto del devenir de las eras geológicas, pero también del devenir histórico que, al igual que aquéllas, ha ido depositando capa sobre capa los afanes y sentires de las gentes que aquí vivieron, para elevar, sobre las agrestes rocas, el testimonio de quienes las pisaron. Desde aquel momento, perdido en las brumas del tiempo, en que los primeros humanos miraron con reverente temor hacia el monte cubierto de nubes en que bramaba el rayo de la tormenta, todos cuantos vinieron tras ellos no hicieron sino competir por agrandar el sentido sagrado, superior trascendente, que creían intuir en estas rocas.

Primero fue el desvalimiento humano, ante las desconocidas fuerzas de la naturaleza, lo que incitó a la veneración del Montsacro, para aplacarlas, a ello se unió el concepto de lugar que, por su elevación, estaba más cerca de la morada divina. Por tanto, hacer de su cumbre un lugar de enterramiento y culto era propiciar un tránsito venturoso para los difuntos, amén de impetrar el favor de las divinidades. Luego, las sucesivas generaciones no tuvieron más que ir reconvirtiendo este concepto, para adaptarlo a sus particulares creencias en cada momento histórico. A los primitivos astures siguieron gentes célticas, luego romanizadas, y más tarde las nuevas creencias judeo-cristianas.

Lo que comenzó como una necrópolis y adoratorio, acabó como un complejo de capillas medievales, custodias de reliquias e imágenes sagradas, a las que se iba en peregrinación o romería. Quizá podamos resumirlo

afirmando que, de adorar a la Madre Tierra, se pasó a venerar la Virgen del Montsacro. Una afirmación que, pudiendo parecer simplista, encierra siglos de compleja historia del comportamiento humano.

Estudiar las circunstancias de este Monte Sagrado entraña tanto esfuerzo como el necesario para subir a su sagrada cumbre. Porque si algo está meridianamente claro es que, a lo largo de los siglos, la circunstancia predominante de estas peñas es su sacralidad. Desde la prehistoria hasta hoy mismo, las gentes no han acudido a su cima por simple placer, ni han levantado en ella adoratorios por deseos crematísticos, sino por un anhelo de trascendencia inherente a lo más profundo del ser humano. Y en eso estriba su valor; da igual que la veneración se dirigiese a los númenes de la naturaleza, luego a tales o cuales divinidades y que todas ellas se rodeasen de una mitología propia. El hecho cierto, para los devotos de todos los siglos, es que allá arriba “sopla el Espíritu”.

Poco importa, en definitiva, que los autores de túmulos y enterramientos fuesen astures autóctonos, o celtizados, o romanizados. Es secundario que los “fratres” custodios de las reliquias y los constructores de la capilla octogonal fuesen ermitaños visigodos o monjes de la Orden del Temple, porque todos ellos sólo son un eslabón más en la cadena de custodios del lugar sagrado, el cual poseía tal poder espiritual que, a pesar de la intransigencia secular despertada en la autoridad religiosa judeo-cristiana por sus antecedentes “paganos”, fue aceptado como lugar de culto por la nueva fe y ello hasta el día de hoy.

Tuve noticias del Montsacro hace casi cuarenta años, gracias a un amigo asturiano que me proporcionó copia de aquel estudio pionero de 1958, “Monsacro y sus tradiciones”, aparecido en la revista *Archivum* de la Universidad de Oviedo. Y, tras una somera investigación, cometí la osadía de incluir un breve ensayo sobre la capilla octogonal en mi primer libro, haciendo algunas arriesgadas observaciones. Nunca me atreví a ir más lejos, pues la tarea me pareció excesiva para mis posibilidades. Cuánto me habría gustado poder consultar entonces este trabajo de Natividad Torres, el cual, sumado a los esporádicos estudios de diferentes profesionales a lo largo de estos años, arroja un poco más de luz sobre esta nebulosa cumbre astur.

Resumiendo con inteligencia, e interconectando, las aportaciones historiográficas de los variados investigadores, antiguos y modernos, que se

embarcaron en el estudio de este monte, la autora nos proporciona una amplia visión de conjunto, al agrupar las variadas fuentes citadas, que no siempre son fáciles de consultar por separado.

Estamos ante un trabajo bien hecho, pero, sobre todo, útil y práctico para quien desee seguir la senda histórica que sube hasta esta bendita cumbre astur.

Sólo nos queda felicitarnos, porque trabajos como el presente salgan a la luz. Y rezar a todas las divinidades manifestadas en el monte, pasadas, presentes y futuras, para que la codicia de unos y la inconsciencia de otros, no acaben por convertir el Montsacro en algo distinto de lo que siempre fue, un lugar sagrado de la naturaleza que continúa vivo entre las gentes del lugar.

Rafael Alarcón Herrera
Madrid 2015